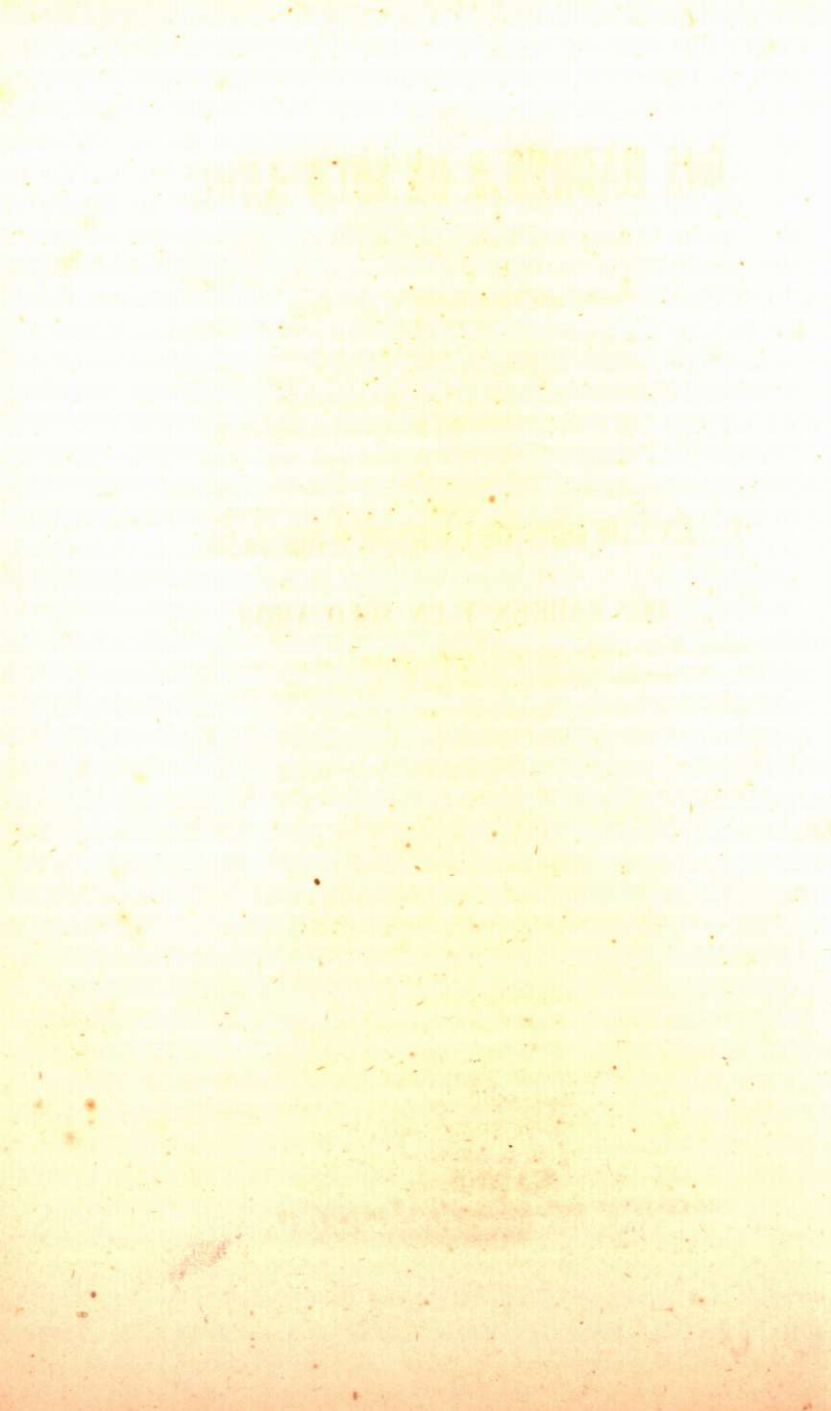


DOS MADRES Y UN SOLO AMOR.



DOS MADRES Y UN SOLO AMOR.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

Estrenada la noche del 5 de Enero de 1865 en el teatro de
Variedades, bajo la direccion del Sr. D. Julian Romea.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1865.

R. 20465

PERSONAJES.

ACTORES.

LUISA.....	SRA. D. ^a JOSEFA PALMA.
EMILIA.....	SRTA. D. ^a CÁRMEN BERRO- BIANCO.
MAGDALENA, (Marquesa de.....)	SRTA. D. ^a FELIPA DIAZ.
CASIMIRA.....	D. ^a CÁRMEN CARABES.
EL COMENDADOR.....	D. FRANCISCO OLTRA.
ENRIQUE.....	D. RICARDO MORALES.
JUAN.....	D. CIPRIANO MARTINEZ.
Niña 1. ^a	N.
Niña 2. ^a	N.
Varias niñas de seis á nueve años.	

La accion en la época de Felipe V.

La propiedad de esta obra pertenece á la Galeria, titulada LA LIRA. Nadie podrá imprimirla ni representarla en España ni sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales sin permiso de los propietarios.

Los Comisionados de la misma Galeria lirico-dramática son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Las oficinas de la Direccion de LA LIRA se hallan establecidas en Madrid, calle del Arenal, núm. 43, Entresuelo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

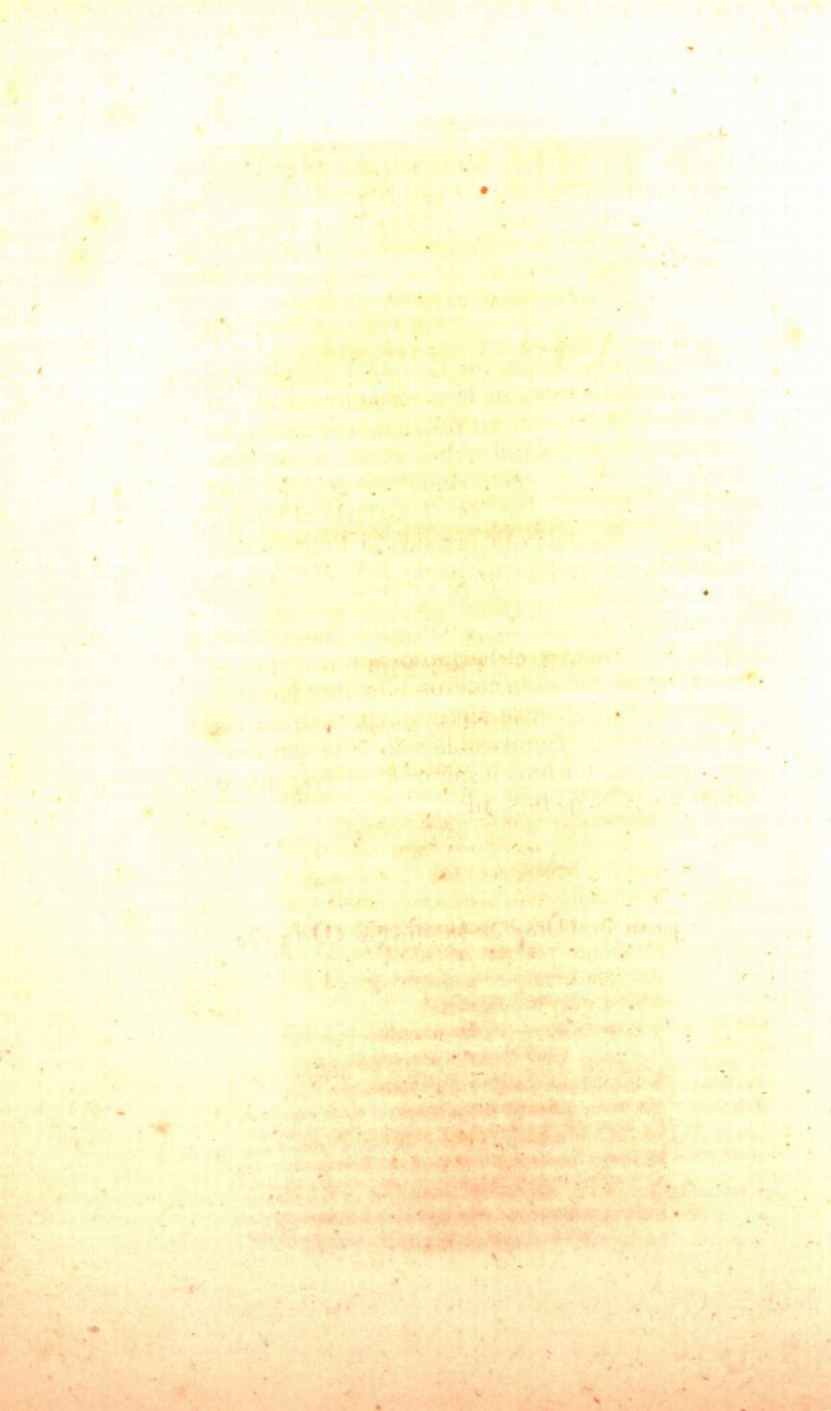
AL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUCH,

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CÁRLOS III, ETC., ETC.

Mi respetado amigo: puesto que V. me lo permite, autorizo esta modesta produccion de mi humilde ingenio, con su respetable nombre. La primera persona á quien me atreví á leer este drama fué á V., y solo cuando mereció su ilustrada aprobacion, me decidí á darlo al teatro. La primera lágrima que arrancó el dulce sentimiento de la maternidad, que le sirve de base, la ví en sus mejillas... ¿Cómo no dedicarle mi pobre trabajo, cuando la privilegiada inteligencia que en V. brilla, y el hermoso corazon que le anima, acogieron los primeros á mis DOS MADRES?

Sírvase V. aceptar la sincera expresion de mi reconocimiento, comparable solo á la admiracion que sus talentos inspiran á su respetuoso amigo y s. s. s. q. b. s. m.

Juan de Dios de la Rada Delgado.



ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con lujo al gusto de la época.—Puerta en el fondo y laterales: forillo galería, y al final jardín.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, poco despues CASIMIRA: el primero arreglando los muebles.

CASIM. ¿Todavía estais aqui?
Jesus, qué hombre mas pesado:
en arreglar cualquier cosa
echa lo menos un año.

JUAN. Pero siempre, Casimira,
has de estarme murmurando?
Cómo quieres que sea listo?
Asi que tengas mis años!...
Ahora muy remilgadita
y muy tiesa; y ya vas dando
la vuelta á los treinta inviernos.

CASIM. Siempre me estais insultando.

JUAN. Yo no... pero si me atacas
yo me defiendo... está claro...
Si fuera un mozo de veinte,
en vez de tan malos tratos
habria suspiros, remilgos,
no mirar, y estar mirando,

y en fin, todo el arsenal
que siempre teneis á mano,
para echar las hijas de Eva,
á los Adanes, el gancho.

CASIM. Juan, teneis muchas sandeces.

JUAN. Es verdad, y muchos años.

Pues mire la remilgada,
yo he sido un mozo muy guapo.

Hacia yo un militar
tan guapote y tan bizarro...

No me llameis orgulloso;

pero si vierais al amo

y qué hueco se ponía

de tenerme por criado?

Si, señor, yo siempre he ido

á mis señores honrando...

Pobre amo mio... Y bien jóven

que murió, sola dejando

á la señora mas buena,

que este mundo habrá pisado.

Si al menos dejara hijos...

CASIM. Pero Juan, ¿qué estais hablando?

pues y el ángel de esta casa,

como todos la llamamos?

Y doña Emilia?

JUAN. Es verdad...

Ya se me habia olvidado...

Qué quierres... Como esa niña...

CASIM. Qué decis? qué estais hablando?

JUAN. Yo, nada... no he dicho nada...

Casimira, he dicho algo?

CASIM. Vamos, está usted ya lelo.

JUAN. Si, si, lelo... chocheando.

Por eso no he comprendido

que Enrique está enamorado

de la niña, que es un ángel,

y él muy apuesto y gallardo:

que el Comendador consiente,

que ya ha pedido su mano,

y que tendremos bodorrio,

y tú quedarás mirando,

porque, chica, para tí

ya los novios se acabaron.
Ves como estoy lelo?

CASIM. Y tonto...

JUAN. Me parece que han entrado
en la galería.

CASIM. Es verdad;
(Doña Luisa aparece en la galería.)
una señora,

LUISA. (Dios Santo! (Entrando.)
Hasta qué punto, Dios mío,
en mi desgracia he llegado.)

ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

CASIM. Pasad, señora.

LUISA. Decidme,
la marquesa...

CASIM. Está en su cuarto.
Quereis verla?

LUISA. Lo deseo.

CASIM. Voy á avisarla.

JUAN. Si, vamos.

(Vánse Juan y Carimira por la puerta lateral de la
izquierda)

ESCENA III.

LUISA.

Ay, desdichada de mí!
viviendo de mi trabajo!
yo que siempre vi tan bajo
al mundo que no entendí.
En mi orgullo me creí
hermosa, noble y querida,
pero mi ilusion perdida
vino á mostrarme el error,
en el valle del dolor
abandonando mi vida.

ESCENA IV.

DICHA, DOÑA MAGDALENA.

- MAGD. Señora... (Saliendo y saludándola.)
LUISA. De vuestra amiga
yo soy la recomendada.
MAGD. Si, me habló de su designio;
cuando le dije que un aya
buscaba para mi hija,
me dijo que vos tratabais...
LUISA. Si, señora: aunque nacida
en noble y antigua casa,
me trajeron á este punto
la horfandad y la desgracia.
MAGD. Ya me indicó la duquesa
de vuestra historia pasada
los sucesos: sé que hija
de un general que en campaña
murió, luchando cual bueno
por su Dios y por su patria,
quedó usted huérfana y pobre
sin recursos; pero honrada.
LUISA. (Ah!)
MAGD. Que educacion brillante
recibisteis en la infancia.
y lo que aprendiera entonces,
con ambicion noble y santa
enseñar hoy á las jóvenes
es tan solo su esperanza.
LUISA. Señora...
MAGD. No se avergüence:
lleve la frente muy alta,
que ganar nuestro sustento
al trabajo consagradas,
honra mas que la opulencia
desde la cuna heredada.
Enseñar al que no sabe
es obligacion cristiana,
y Dios enaltece á aquellos
que á cumplirla se consagran.

Dios al redimir al hombre
y al tomar su carne humana
para elevar al que sufre
y consolar la desgracia,
para derribar barreras
que la ambicion levantara,
para engrandecer al pobre
y humillar al que le ultraja,
para hacer del mundo entero
solo un hogar y una patria,
no se llamó emperador
ni otro título de vana
ostentacion, tomó el nombre
de maestro de las almas.
Ved si es noble vuestro intento;
muy noble.

LUISA.

Señora, gracias!

Oh! no sabeis cuánto bien
me producen sus palabras.
Yo que entre risas y juegos
pasé mi risueña infancia,
yo que jóven y opulenta
fui de Sevilla envidiada,
pobre despues, he apurado
del dolor la copa amarga.

MAGD.

Cuánto he sufrido, Dios mio!
Pobre amiga! Las pasadas
desgracias no recordemos:
de hoy mas tendreis una hermana,
y en mi Emilia, un ángel puro
que á vos esta madre encarga;
una hija, que habrá de amaros
como amar sabe su alma.

LUISA.

Una hija?!

MAGD.

Si, una hija.

Es tan buena! Tiene tanta
virtud en su corazon;
que si Dios me la quitara
no se si alcanzar pudiera
la resignacion cristiana.
Oh! dispensad á una madre
que á su hija idolatrada

alabe así; mas bien pronto
vos juzgareis.

LUISA.

No, me basta
conocer á usted, señora,
y comprender cuánto alcanza
el inmenso amor de madre
que del mismo Dios emana.
Amor de madre! Luz pura
que en el corazon inflama
otro amor, de este amor santo
solo la tibia alborada.

Amor todo sufrimiento,
que del corazon arranca,
aun antes que nos desgarre
para nacer las entrañas.

Amor que nace entre llanto,
como en piedra solitaria
regada por la tormenta
la silvestre pasionaria.

Amor que mece la cuna
en la presurosa infancia,
que vive siempre anhelando
en la juventud preciada,
que bebe luz en la luz
que despiden las miradas,
del hijo de nuestra vida,
del alma de nuestra alma;
amor puro, amor divino
que el Señor santificara,
madre de la humanidad
en su Madre inmaculada.

MAGD.

Sois madre acaso?

LUISA.

(Dios mio!)

No, señora.. nunca tanta (Turbada.)
ventura yo he conocido;
pero soy mujer...

MAGD.

Y alcanza
muy bien nuestro corazon
lo que encierra esa palabra.
Cuánto me alegro. Ahora puedo
entregaros confiada
á esa niña cariñosa

en quien cifro mi esperanza.
Oh! ilustrad su inteligencia
para que pueda mañana,
madre á su vez, ser el ángel
de su esposo y de su casa.
Hoy la bendicen los buenos,
su ángel los pobres la llaman,
nunca vió sin socorrerla
del que sufre la desgracia,
y á sus lágrimas unió
con el socorro sus lágrimas.
La habeis de amar tanto y tanto,
que muy pronto en esta casa
Emilia tendrá dos madres.
LUISA. (Y tú ninguna, hija amada!)

LUISA.

MAGD.

Venga usted, quiero que vea
á la risueña esperanza
de mi vida.

LUISA.

Bien, señora.
(Se me despedaza el alma!)

(Vásen por la puerta lateral de la izquierda.)

ESCENA V.

EMILIA entra por la puerta del foro con una rosa blanca en la mano.

Madre mia!... No está aquí.
Y yo que tan presurosa
vine á ofrecerla esta rosa
que para ella cogí...
Pobre flor!... fresca y lozana
del tallo haberla quitado:
haber su vida tronchado
en su primera mañana.
Las flores sienten... la aurora
sonríe al verlas tan bellas,
y porque se ocultan ellas
al llegar la noche llora.
Ya me da pena... quizá
te amaba el céfiro, flor,
y cuando vuelva, tu amor

en vano te buscará.
En vano irá murmurando
tu nombre por el jardín,
y habrá de morir al fin
sin hallarte suspirando.
Ya místicas tus hojas hallo,
que el amor era tu vida...
cruel he sido, flor querida,
al arrancarte del tallo.
Oh! si me hubieran robado
del corazón el amor...
Por qué te habré separado
de tu tallo? pobre flor!...

ESCENA VI.

DICHA, ENRIQUE, que ha oído las últimas palabras.

ENR. Quién á robar se atreviera
mi amor con acción impia?

EMILIA. Enrique!...

ENR. Dulce alma mía!
Quién al claro sol pudiera
robarle la luz del día?

EMILIA. Nadie, nadie.

ENR. Tus amores
son mis encantos mejores.
Amas las flores, mi vida?
pues oye, prenda querida,
lo que aprendí de las flores.
Era un jardín: blandamente
los céfiros murmuraban,
y de la flor inocente
el perfume arrebatan
para aromar el ambiente.
Sus hojas de mil colores
mostraban las flores bellas,
y sus cántigas de amores
callaban los ruiseñores
por contemplarlas á ellas.
En dulce vida inocente
gozaban puros amores,

pájaros, flores y fuente,
felices siendo igualmente
fuente, pájaros y flores.
Mas una noche callada
en que la pálida luna,
su dulce luz encantada
reflejaba nacarada
en el bosque y la laguna,
en el jardín amoroso
se oyeron dulces acentos,
y despertaron los vientos
y alzaron el vuelo, atentos
á aquel rumor misterioso.
Quisieron saber livianos
de aquella noche el secreto;
mas fueron esfuerzos vanos;
de las flores los arcanos,
guardó el silencio discreto.
Pero al asomar el día
su hermoso albor sonrosado
dando vida y alegría,
hallaron engalanado
todo el jardín á porfía.
Con hojas nuevas las flores,
las brisas nuevos aromas,
y con arrullos mejores
explicando sus amores
las purísimas palomas.
Cuál es la causa hechicera
de tanta y tanta ventura?
Por qué es el aura mas pura
y la brisa mas ligera,
y mas fresca la espesura?
Así alegre preguntaba
un cefirillo liviano,
que desde lejos llegaba
á otro céfiro su herinano,
que á una flor acariciaba.
Y el céfiro respondió
con sus palabras de amores,
es porque el día llegó
que entre nosotros nació,

la hermosa flor de las flores.
Los dos por mejor oirse
sus perfumes confundieron,
y no pudo percibirse,
ni el acento distinguirse,
de lo demas que dijeron.
Solo con acento blando
el aura que susurrando
á los amores concilia,
al irse los dos volando
les oyó decir: «Emilia.»
Tal es la sencilla historia
que á las flores aprendí;
tal la guarda mi memoria,
y dije: no es ilusoria
al momento en que te ví.

EMILIA. Enrique!... Pues yo tambien
voy á contarte una historia,
que tampoco es ilusoria;
quiera Dios que mi memoria
pueda repetirla bien.
Era un sueño: yo soñaba
que triste y sola en el mundo,
todo el mundo me olvidaba,
y con desden me miraba
en su desprecio profundo.
Sola, triste, suspirando,
por el desierto corriendo
y lágrimas derramando,
iban mis ojos secando
y en mi corazon cayendo.
Pero una hermosa mañana
ví cruzar un caballero
con apostura galana,
y dije, ese alma es mi hermana,
es el alma que yo quiero:
y lloré mas; y radiante
ví tambien á una hermosura
con tan celestial semblante,
que juzgué estaba delante
de una divina criatura.
Con acento dulce y blando

porque el dolor no me aflija,
me dijo estaba soñando,
y fué mi rostro besando
y llamándome su hija:
al mismo tiempo veia
al apuesto caballero
que su amor me repetia,
y yo soñando decia:
si es sueño, volver no quiero.
Derperté, miré alrededor,
y aunque huérfana de padre,
bendije, Enrique, al Señor:
á un lado estaba mi madre
y al otro lado mi amor.

ENR. Ángel puro, quién pudiera
escucharte sin amarte?

EMILIA. Tu amor, Enrique, exagera.

ENR. Que fueras diosa quisiera
para cual Dios adorarte.

EMILIA. Dichosa cual tú anhelante
guardo el amor de los dos;
mas no ciegos delirante,
ámame como á tu amante,
pero adorar solo á Dios.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA MAGDALENA y LUISA, puerta izquierda.

EMILIA. Madre del alma! (Al verla.)

ENR. Señora...

(Besando la mano con respeto á doña Magdalena.)

MAGD. Adios, Enrique.—Hija mia!

(La besa en lo frente.)

EMILIA. Quieres esta flor?

MAGD. Si es tuya

cómo no, luz de mi vida.

La señora que esperabamos

(Presentando á doña Luisa.)

para seguir tu emprendida
educacion, ya ha llegado.

La señora doña Luisa

- de Carvajal.
- EMILIA. Qué me alegro!
Ya me cansaba esta vida
de holgazana.
- LUISA. No lo creo.
Sé que ocupacion precisa
tiene usted todas las tardes.
- EMILIA. Le habeis dicho?...
- MAGD. Qué motiva
tu inquietud? Hacer el bien,
nunca avergüenza, hija mia.
Las pobres niñas del barrio
que de instruccion necesitan,
reciben todas las tardes
en el jardin de esta quinta
la leccion que tú les das.
- EMILIA. Pero por qué lo publicas?
Me da vergüenza.
- LUISA. Es un ángel!
- MAGD. ¿No tengas rubor, Emilia.
Las buenas obras ejemplo
dan á todos.
- EMILIA. Dios las mira.
- ENR. Qué corazon!
- MAGD. Ved, señora... (Á doña Luisa.)
Qué es eso, estás ofendida? (Á Emilia.)
Ven acá; qué, no me quieres?
- EMILIA. No quereros, madre mia! (La abraza.)
- LUISA. (Oh, gran Dios! la misma edad.)

ESCENA VIII.

DICHOS, CASIMIRA, foro.

- CASIM. Señora...
- MAGD. Qué, Casimira?
- CASIM. El señor Comendador. (Anuncianlo.)
- ENR. Nuestro padre. (Á Emilia)
(Váse Casimira.)

ESCENA IX.

DICHOS, el COMENDADOR.

COMEND. Buenos dias.

MAGD. Querido amigo.

COMEND. Hijos míos. (Los abraza.)

Cuál me place su ventura: (Á Magdalena.)
de mi triste ancianidad
las esperanzas se fundan,
en verlos vivir felices.
Y lo serán, si, no hay duda.
Ea, vamos; estais contentos?
no hay aspiracion?... (Á Emilia y Enrique.)

LAS DOS. Ninguna.

EMILIA. Á qué quereis que aspiremos?

COMEND. Á unir en dulce coyunda
vuestras manos, á ser pronto
ante Dios *duo in carne una*.

MAGD. Siempre contento.

ESCENA X.

DICHOS, JUAN, entrando por el foro.

JUAN. Señora,

una pobre desgraciada
está esperando á la entrada
vuestra piedad bienhechora.
Pobrecita, y es tan vieja!

EMILIA. Madre mia?...

(Indicando que la deje ir á socorrerla.)

MAGD. Comprendo bien.

ENR. Si me permitis, tambien... (Á Magdalena.)

MAGD. Id y vereis. (Á Luisa.)

COMEND. Qué pareja!

(Vánse Enrique, Emilia, Juan y doña Luisa.)

ESCENA XI.

MAGDALENA, el COMENDADOR.

COMEND. Que Dios los bendiga.

MAGD. Si;

son dignos de la ventura.

COMEND. Qué alma tan noble y tan pura
para mi Enrique escogí.

Soñando estoy en el día
de verlos siempre enlazados,
conservando inmaculados
mis títulos de hidalguia.

MAGD. No hace feliz la riqueza
como ese mundo asegura,
ni consiste la ventura
solo en la vana nobleza.
Son nobles, teneis razon;
pero unan á su ascendencia,
calma para su conciencia
virtud para el corazon.

COMEND. Es verdad, pero ante todo
es el honor del linaje.

Yo á todo lo que le ultraje
no hallo de vengarlo modo.

Mis nobles antepasados
gloria eterna consiguieron,
y su historia transmitieron
en sus timbres blasonados:

nunca la aleve falsia
vino á manchar sus laureles,
jamás cruzó mis cuarteles
la barra de bastardia.

Y si alguna vez la suerte
mi escudo hubiera manchado,
antes hubiera buscado
que su ignominia la muerte.

La honra limpia nunca aguarda
nada que enturbiarla pueda,
nunca en los Sanchez Uceda
se mezcló sangre bastarda.

MAGD. (Ah!)

COMEND. Lo primero que exijo
es pureza de linaje;
no consiento que lo ultraje,
señora, ni aun á mi hijo.
Amo, es verdad, la grandeza
del alma de vuestra Emilia,
y la acepto en mi familia
por vuestra antigua nobleza.
Que aunque causara un pesar
al que heredará mi fama,
si no era noble su dama
no se la dejara amar.

MAGD. (Imbécil: si Enrique fuera
como su padre...)

COMEND. Á fé mia,
que ni á Emilia le daría...

MAGD. Ni yo dársela quisiera.
Permitid, Comendador; (Con dignidad.)
si es vuestro timbre elevado
y mucho me habeis honrado,
os dispenso igual honor.
Á vuestra alcurnia no cede
la alcurnia de mi familia;
pero á la que tiene Emilia
ninguna igualarse puede.
Es noble su condicion,
y á mas tiene otra grandeza
mayor que vuestra nobleza:
lo noble del corazon.

COMEND. Señora, creo que ofendida
me replicais.

MAGD. Si, en verdad.

COMEND. Magdalena, dispensad.
¿Ofenderos quien unida
va á ver la vuestra á su raza?...
Perdonad, mas me extravió...
es, señora, el flaco mio.

MAGD. Si, sois flaco de cachaza.

COMEND. Me perdonais?

MAGD. Lo estais ya.

(Le da la mano.)

Creeis que yo os guarde rencor?
por piedad, Comendador.
(Dios mio! no lo sabrá!)

ESCENA XII.

DICHOS, EMILIA, ENRIQUE, LUISA.

EMILIA. Madre amada, qué alegría...

LUISA. Ángel puro. (Á Magdalena.)

ENR. Me enagena.

COMEND. Cuéntanos.

EMILIA. Os diera pena
si la vierais, madre mia.
Era una madre afligida
con un pobre niño en brazos,
pidiendo algunos pedazos
de pan, ya casi sin vida.
Decia en su triste afan:
«calma tu pena, hijo mio...»
y él seguia: «tengo frio,
tengo hambre, dame pan...»
Y la madre lo miraba
con entristecidos ojos,
y aunque por el llanto rojos
ya la infeliz no lloraba.
Quién tuviera al verla calma?
corrí al verla; la abracé;
lloraron todos, lloré...
y ahora rie. .

MAGD.

Hija del alma! (La abraza.)

COMEND. Ven acá, ven!

(Conmovido y abrazándola tambien.)

EMILIA.

Cómo no?

pues no sois tambien mi padre.

COMEND. Quién te ha enseñado?...

EMILIA.

Mi madre

á ser asi me enseñó.

Con maternal eficacia,
me dijo que la mujer
en el mundo debe ser
la madre de la desgracia.

Con los divinos amores
me enseñó á amar al que llora,
como quiere, al que la implora
la Virgen de los Dolores.
Y porque nunca deshecho
este recuerdo se viera,
su imágen quiso estuviera
siempre encima de mi pecho.
Miradla, qué hermosa está,
(Saca un medallon.)
á todo el mundo enseñando
que debe vivirse amando
á todo el que sufre.

LUISA.

Ah!!!!

(Reconociendo el medallon.)

COMEND.

Qué os sucede?

MAGD.

(Qué impresion!)

EMILIA.

Estais mala?

MAGD.

(Me estremezco!)

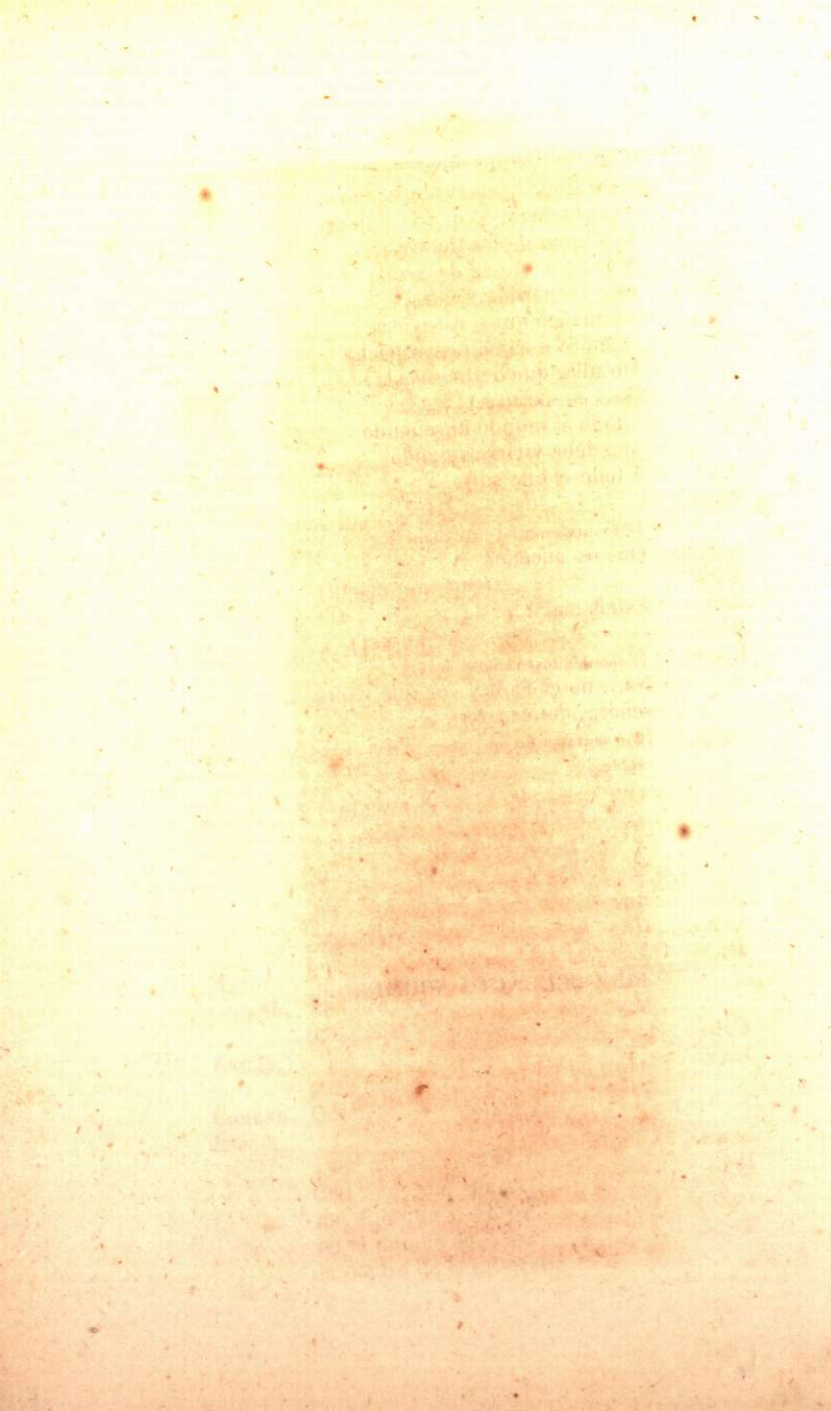
LUISA.

(Reponiéndose rápidamente.)

No... no es nada... es que padezco,
señora, del corazon.

(Cae sentada en el sofá.—Todos la rodean.—Telon
rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, JUAN.

JUAN. Estais ya mejor, señora?
Se pasó ya el accidente?
Qué demonio! si en el mundo
nadie estar tranquilo puede.
Y qué susto se llevaron!
Y nuestra niña, que tiene
un corazon como un ángel!

LUISA. (Dios mio, qué horrible suerte!)

JUAN. Lástima que ese pimpollo
en sus venas no tuviese
la sangre de mi señor.

LUISA. Qué habeis dicho?

JUAN. No, no piense
que es verdad: he dicho algo?
mal haya mi lengua... á veces.

LUISA. Conque no es hija?

JUAN. Señora,
por tal el mundo la tiene;
y lo que es la señorita
la adora cual si lo fuere.

Ya se vé, con el marqués
no quiso Dios que tuviese
ningun hijo... Pobre ángel!
Más blanquito que la nieve,
temblando de hambre y de frio,
en el altar de San Felix
le encontré yo; sollozaba
que daba lástima verle.
Hija del alma!

LUISA.

JUAN.

Asi dije,
señora, precisamente...
Mala madre la que olvida
á la que llevó en su vientre,
peor que los tigres feroces,
peor que las fieras serpientes.
(Dios mio!)

LUISA.

JUAN.

Si, si, señora;
me hizo llorar... y de suerte
que abrigando con mi capa
al angelito inocente,
se lo traje á mis señores...
Se pusieron tan alegres!...
Si vierais, ay! qué bonita!
y qué ojos mas monos tiene,
y qué boca, y como bobos
en mirarla se entretienen.
Nadie supo aquel suceso
sino yo: secretamente
se bautizó con los nombres
de mis amos los marqueses,
y todo el mundo, señora,
por hija suya la tienen.
El marqués, pobre señor!
despues de esto, murió en breve,
y la niña fué el consuelo
de su madre.

LUISA.

JUAN.

LUISA.

JUAN.

LUISA.

JUAN.

(Dios clemente!)
Pero qué es eso? estais triste?
No, no es nada.

Me parece...

Seguid.

Pero he dicho algo?

Ah! me olvidaba: pendiente
del cuellecito llevaba
en una cintita verde
la Virgen de los Dolores.

LUISA. (Dios poderoso! valedme!)
Y en qué pueblo fué?...

JUAN. En Sevilla

há quince años y dos meses.
Pero yo no he dicho nada:
si la marquesa supiese...
Á nadie nunca lo dije.
Pero á vos, que sereis siempre
como aya de doña Emilia,
de la casa, es diferente;
pero, por Dios, no digais...

LUISA. Descuidad.

JUAN. Vaya, que viene
á buen andar la mañana.

LUISA. Dios te guarde.

JUAN. Con él quede. (Váse.)

ESCENA II.

LUISA.

Dios mio! qué horrible suerte!
Quince años que te dí vida,
hallarte, prenda querida,
y tener, ay! que perderte!
Qué castigo tan cruel
para mi culpa, Dios mio!
Perdonad mi desvario
y seguid, seguid con él:
aun cuando en mi pena sea
por su fuego consumida
el verdugo de mi vida,
Señor, que siempre la vea.
Que pueda tener yo fija
mi mirada en su mirada,
que respire en la morada
en que respira mi hija.
Yo callaré: se me irá

el alma entera en los ojos,
mas no se verán ni aun rojos,
solo el alma llorará.
Dios mio, y podré sufrir?
Dios mio, podré triunfar?
Si el alma puede callar,
el cuerpo podrá vivir?
No; quiero, aunque mal te cuadre,
(Mirando adentro.)
que me la entreguen, es mia.
Mi vida por solo un dia
por decirle: «Soy tu madre!»
Mas qué dije? qué locura!
Corazon, qué le has de dar?
Es feliz, ¿vas á trocar
su dicha por tu ventura?
Ella adora á Magdalena
como á su madre, Dios mio!
Qué terrible desvario
todo mi ser enagena?
Niña, todo corazon
trocará en su dulce engaño
por hielos del desengaño
las flores de la ilusion?
Opulenta, bendecida
su dicha voy á turbar?
Su esplendor á cambiar
por mi desgraciada vida?
Oh! aunque el dolor me devore
que nunca lo sepa, nó.
Sufra, pene, muera yo,
pero que Emilia no lllore. (Queda abatida.)

ESCENA III.

DICHA, EMILIA, por el foro.

EMILIA. Estais mejor, doña Luisa?

LUISA. Si, mejor me encuentro ahora.

Hija querida... Señora,
en viendo vuestra sonrisa.

EMILIA. Me quereis mucho?

LUISA. Si os quiero!

Os quiero, señora, tanto
que aunque me devore el llanto
si no he de veros me muero.

Ah! (Reponiéndose.)

EMILIA. Qué placer tan profundo!

No sereis un aya adusta?
soy feliz, á mí me gusta
que me quiera todo el mundo.
Qué placer es ser querida
y qué delicia el amar.
Hay alguien que pueda odiar
siendo tan bella la vida?

LUISA. Corazon puro, inocente
que no comprende el rencor!
Seguid así y el dolor
no anublará vuestra frente.
Amad al que es desgraciado
con cariñosa eficacia,
porque la triste desgracia
Dios mismo ha santificado.

EMILIA. Qué buena sois! no sabeis?
desde el momento en que os ví
os quise mucho; y á mí,
es de veras, me quereis?

LUISA. Que si te quiero? la vida
adorándote he pasado...

EMILIA. Pues nunca me habeis hablado.

LUISA. Es verdad... pero perdida
mi existencia en el dolor,
amaba á un ángel divino,
y el ángel del cielo vino
á responder á mi amor.

Os amaba como adora
cuandó la tormenta avanza
el náufrago á la esperanza.

(Sin poder contener las lágrimas.)

EMILIA. Mas ¿por qué llorais, señora?

LUISA. No, no lloro... es la alegría...
Si vierais cuánto he sufrido?

EMILIA. Si os hubiera conocido
no sufrierais.

LUISA. Hija mia!
EMILIA. Qué habeis dicho?
LUISA. (Reponiéndose.) (Qué prolija
situacion.) Es que... (Gran Dios!)
á una niña como vos
quién no ha de llamarla hija?
EMILIA. Oh! gracias.
LUISA. El alma llena
de placer... y me amarás
siempre así? (No puedo mas.)
Hija!...
(Aparece Doña Magdalena por la puerta izquierda.)
Doña Magdalena!

ESCENA IV.

DICHAS, DOÑA MAGDALENA.

MAGD. Qué es eso, estabais llorando?
EMILIA. De placer, madre querida.
Ha sido triste su vida
y la estaba consolando.
LUISA. (Por qué con mi pena lucho!)
EMILIA. Con placer la estaba oyendo.
MAGD. Me alegro.
EMILIA. Estaba diciendo
que habrá de quererme mucho.
MAGD. Me alegro.
LUISA. (Triste agonía.)
MAGD. Emilia, tengo que hablar...
EMILIA. Bueno, adios: voy á regar
mis flores.
MAGD. Si, si, hija mia.
(Váse Emilia, puerta del fondo.)

ESCENA V.

DOÑA MAGDALENA, LUISA.

MAGD. Señora, todo lo sé.
LUISA. Lo adivináis?
MAGD. Si, señora.
LUISA. Es mi hija.

MAGD. Pero ahora
no es vuestra hija: lo fué.

LUISA. Cómo...

MAGD. Habeis sido casada?

LUISA. No, señora: es mi martirio,
fruto de amante delirio...

MAGD. Ya comprendo.

LUISA. Desdichada!

MAGD. No es vuestra hija.

LUISA. Eso no,
pues ¿quién, aunque mal le cuadre,
puede negar á una madre
la hija que tanto lloró?

MAGD. Su madre misma.

LUISA. Dios mio!

MAGD. La que olvidando su honor,
de su criminal amor
en el ciego desvario,
solo piensa en las delicias
en que le abisma su amante,
y se olvida delirante
del fruto de sus caricias.
La que ama tan solo al padre
mientras le brinda placer,
y no quiere al nuevo ser
que la hizo llamarse madre.
La que entre manos extrañas,
en medio de su locura,
deja una pobre criatura,
pedazo de sus entrañas.
La que la ha visto nacer
y halló su primer mirada
y le arrojó despiadada...

LUISA. Oh!!

MAGD. Ni es madre ni es mujer.

LUISA. Ah! muévaois á compasion...
mi corazon destrozado.

MAGD. Y al haberla abandonado
dónde estaba el corazon?
Dónde estaba cuando impio
la abandonó en un altar,
viéndola triste espirar

muerta de hambre y de frio?
Vida la prestó el amor
contra el honor que lo llora,
y muerte despues, señora,
contra el amor el honor?
Qué honor es ese que asi
puede perderse ante el padre,
matando el amor de madre
que el mismo Dios puso aqui?
(Llevándose la mano al pecho.)
Débil, ciega, descuidada
en la amante seduccion,
ceder á la tentacion
pueda el alma enamorada.
Mas si la razon vencida
cede en loco devaneo
y satisfecho el deseo
del amor brota otra vida,
guardé la madre infeliz
el fruto de sus amores;
no busque nuevos dolores
por ocultar su deslíz;
que aun cuando al honor sujeta
su mancha al honor no cuadre,
á la que sabe ser madre
hasta el mismo honor respeta.
Y si su fama perdida
se ve triste y deshonrada,
podrá vivir desgraciada,
mas no será parricida.
Por piedad!...

LUISA.
MAGD.

Por dicha, Emilia
halló quien bien la quisiera,
y quien con amor la diera
padre, madre, otra familia.
Pero si en vez de encontrar
en mi pecho un nuevo amor
no encontrara en su dolor
quien la fuera á consolar;
si su alma al pesar despierta
y en desdichada ignorancia
pasara su triste infancia

pidiendo de puerta en puerta;
si en su triste juventud
en los altares del vicio
depusiera en sacrificio
su hermosura y su virtud;
si en su destino fatal,
de todos vilipendiada,
se viera la desgraciada
muriendo en un hospital;
la que en su deshonra fija
la abandonó á su destino,
qué hará cuando el juez divino
le pregunte por su hija?

LUISA. Oh! por Dios! me estais matando!

Escuchadme por piedad,
y el sufrimiento mirad,
señora, que me está ahogando.

Hermosa, noble, envidiada
en mi ardiente juventud,
amé, cual vos, la virtud
y la guardé inmaculada.

Volando de flor en flor
cual errante mariposa,
crecía jóven y hermosa
sin comprender el amor.

Burlaba, niña inocente,
de todos mis amadores,
y uno solo á los amores
humilló mi altiva frente.

Hermoso, apuesto, galán,
perdí por su amor la calma,
y supo robarme el alma
con su delirante afán.

Después, oh! terrible día!
Todo lo supo mi padre,
y apenas, ay Dios! fui madre
me arrebató la hija mía.

Le rogué desesperada;
pero todo, todo en vano:
era inflexible el anciano
para su honra manchada.

Y en su padecer impio

por mi desgraciada suerte,
mi culpa causó su muerte
y le perdí: padre mio!
Después, cuánto padeció
mi existencia abandonada!...
Habré sido desgraciada,
pero parricida no.
No me engañais?

MAGD.

LUISA.

Estais viendo
mi llanto y he de mentir?
Cuando de tanto sufrir
vivo, señora, muriendo?
Sabeis lo que he padecido
para buscar á mi hija?
Mi investigacion prolija,
señora, me ha empobrecido.
Las ciudades recorrí
de España, Inglaterra, Francia;
en mi maternal constancia
buscándola siempre fui.
Cualquier niña que veia,
cualquier niña que encontraba,
que era mi encanto pensaba,
la vida del alma mia.
La quitaron de mi lado
sin escuchar mis gemidos
y los gritos doloridos
de mi pecho destrozado.
Pero ya la encontré, si,
á vuestro lado... dichosa,
buena, bella y tan hermosa,
cual yo siempre la creí.
De hoy mas, que nada me aflija.
Vos sois muy buena, verdad?
Oh! si, si, tened piedad;
dadme, señora, mi hija.
LUISA. Luisa, me pedis la vida:
la amo tanto como vos.
LUISA. Tened compasion, por Dios,
de una madre entristecida:
volvedme mi bien amado.
MAGD. Perderla!

MAGD.

LUISA.

MAGD.

- LUISA. No, no, señora;
estaremos como ahora,
siempre viviendo á su lado.
Qué dichosa voy á ser...
Ya mi corazón no llora;
no os han de apiadar, señora,
quince años de padecer?
- MAGD. Oh! si: el pesar no os aflija:
aunque se me arranque el alma,
voy á volveros la calma,
voy á daros vuestra hija.
Mas no os ireis...
- LUISA. Nunca, no;
unidas siempre estaremos:
con un amor la amaremos:
tendrá dos madres.
- MAGD. Si.—Oh!
Imposible.
- LUISA. Suerte avara!
- MAGD. Si el Comendador supiera
que legítima no era,
á Enrique se la negara.
Él razones nunca aguarda
en tratando de linaje,
y mira como un ultraje
el llevar sangre bastarda.
En vano será replique
loco de amores su hijo;
antes le mata, de fijo,
que enlazar con ella á Enrique.
Enrique, de nuestra flor
la ilusión casta y serena,
oh! moriría de pena
si le robasen su amor.
- LUISA. Morir ella?
- MAGD. Bien lo sé.
- LUISA. Y siempre habré de callar?
- MAGD. Oh! yo la quiero abrazar.
- MAGD. Aunque sufra?...
- LUISA. Callaré.
- (Después de un momento de irresolución. Aparece Emilia en la galería.)

MAGD. Silencio... que no nos vea
llorando...
EMILIA. (Dentro.) Madre!
MAGD. Ven, si.
EMILIA. Enrique viene tras mí;
(Entrando precipitadamente.)
guardadlo. (Da á Magdalena un papel.)
LUISA. (Bendita sea)

ESCENA VI.

DICHAS, EMILIA.

EMILIA. Estais llorando las dos?
MAGD. No, hija mia, no; es verdad? (Á Luisa.)
LUISA. Si, señora. (Descuidad.)
EMILIA. Me alegro, gracias á Dios.
Me pareció; mas antojos
debieron ser... loca soy;
y es que como siempre estoy
viándome, madre, en tus ojos.
MAGD. Hija amada!
LUISA. (Dios divino!
dónde hay mas triste afliccion?)
(Á qué terrible expiacion
me condena mi destino!)
MAGD. Conque, vamos, dí, y ahora (Á Emilia.)
por qué entrabas azorada...
este papel?...
EMILIA. Nada, nada...
ENR. (Entrando con el Comendador.)
Decid que mucho, señora.

ESCENA VII.

DICHAS, ENRIQUE, el COMENDADOR.

MAGD. Qué es éso? me has engañado?
EMILIA. Perdonadme, madre mia.
MAGD. Mas qué es esto? Una poesia?
(Desdoblando el papel.)
COMEND. De dónde la habrá copiado?

ENR. Con mi padre entraba yo
en el jardín, y al volver
una calle, la creí ver
que al sentirnos se ocultó.

EMILIA. Me daba vergüenza de él.

ENR. La fuimos luego siguiendo
y la vimos escribiendo
versos en ese papel.

De pronto nos presentamos,
y al mirarse sorprendida
veloz emprendió la huida.

COMEND. La seguimos y aquí estamos.
Conque versos?

EMILIA. Y perversos
habrán de ser... fué una idea.

COMEND. Que se lea, que se lea.

EMILIA. Pero si no sé hacer versos.

Mientras regaba las flores,
de mi madre me acordé:
quise escribir... yo no sé
si esos son versos, señores.

En aquel dulce momento
me puse triste, sentí,
lloré también... y escribí
de mi pecho el sentimiento.

COMEND. Vamos, cuándo acabará
tu modestia... lees tan bien!

MAGD. Vamos.

LUISA. Leed.

EMILIA. Vos también?

Pues bien, lo quereis, será.

(Leyendo.) «Á mi madre.

»Regando estoy las flores,

»y el pecho siente

»una inquietud que anubla

»mi vida alegre.

»Entristecida

»no sé por qué me encuentro;

»ven, madre mía.

»El cielo está sereno,

»las aves cantan,

»las mariposas vuelan,

»pura es el aura;
»y entristecida
»no sé por qué me encuentro;
»ven, madre mia.
»Mi vida entre placeres
»dichosa corre,
»el corazon alienta
»puros amores;
»y entristecida
»no sé por qué me encuentro,
»ven, madre mia.
»Ven, te llama mi pecho,
»madre del alma;
»quiero estar á tu lado;
»ven, madre amada:
»oye á tu hija;
»yo no quiero estar triste:
»ven, madre mia.»

(Durante la lectura, inquietud creciente en doña Luisa.)

COMEND. Victor, Emilia, muy bien.

ENR. Quién la vé sin adorarla?

LUISA. (Y no poder abrazarla!)

EMILIA. Estais vos triste tambien? (Á Luisa.)

LUISA. No puedo mas; la emocion
ya me arrebató la calma.

EMILIA. Me quereis? (Á Luisa para contentarla.)

LUISA. (Fuera de sí.) Con toda el alma,
hija de mi corazon!

(Se arroja en sus brazos y la besa con delirio de madre.)

COMEND. Vuestra hija!

LUISA. Mi hija, si.

Sal ya, secreto, del pecho.

EMILIA. Vuestra hija!

MAGD. (Á Luisa.) Qué habeis hecho?

COMEND. Pero... (Á Magdalena.)

MAGD. Es verdad.

ENR. Ay de mí!

COMEND. Y vos me habeis engañado?

MAGD. Fué expósita y la adopté.

COMEND. Expósita! yo no sé

cómo aun sigo á vuestro lado.
Á qué mi vergüenza aguarda?

ENR. Padre...

COMEND. Calle y no replique:
iba yo á enlazarte, Enrique,
con una mujer bastarda!
Vámonos.

LUISA. Ay, triste madre!

Señor... (Al Comendador.)

ENR. Matadme primero,
perdonadme, lo prefiero.
(Resistiéndose á marchar.)

EMILIA. Enrique, sigue á tu padre. (Con dignidad.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

1. The first sign of a
2. The second sign of a

3. The third sign of a
4. The fourth sign of a

5. The fifth sign of a
6. The sixth sign of a

7. The seventh sign of a
8. The eighth sign of a

9. The ninth sign of a

10. The tenth sign of a
11. The eleventh sign of a
12. The twelfth sign of a
13. The thirteenth sign of a
14. The fourteenth sign of a
15. The fifteenth sign of a
16. The sixteenth sign of a
17. The seventeenth sign of a
18. The eighteenth sign of a
19. The nineteenth sign of a
20. The twentieth sign of a

ACTO TERCERO.

Jardin en casa de la Marquesa.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA, sola, con una carta en la mano. Está sentada en un banco de piedra.

Y yo he sido: yo, infeliz!
quien á mi Emilia querida
ha sumido en la desgracia!
Yo, que por ella daría
no mi vida desdichada,
si mil tuviera, mil vidas!
Oh! no es hora de perder
en mi terrible agonía
el tiempo, no, ni un instante
debo retardar su dicha:
Yo veré al Comendador:
rogaré yo, no mi hija.
Si ella lo sabe, de cierto
mi proyecto estorbára.
Esta carta hará que acuda
de mi dolor á la cita
el Comendador. Aun quiero
leerla otra vez. Ah! mi vista
anublada por el llanto
apenas puede... hija mia!

«Señor Juan Sanchez Uceda (Leyendo.)

»acoged mi triste llanto

»y mitigad el quebranto

»en que mi existencia queda:

»vencer vuestro enojo pueda

»de una madre el triste amor;

»acogedla en su dolor

»con cariñosa eficacia,

»y al consolar su desgracia

»os bendecirá el Señor.

»Perdonadme, si importuna

»os pido un momento hablaros,

»que no habré de molestaros

»con reconvencion alguna.

»Mostrad vuestra noble cuna

»hoy que en su desgracia fija,

»porque la pena no aflija

»á un ángel puro del cielo,

»en busca va de consuelo

»una madre por su hija.

»Ah! si, lo hareis, no es verdad?

»Comendador, vos sois padre

»y acudireis á una madre

»en su terrible ansiedad.

»La pena considerad

»que me está martirizando;

»quince años la fui buscando;

»venid, venid al instante,

»que una madre delirante,

»señor, os está esperando.» (Cierra la carta.)

Oh! si, si; yo le hablaré,

y al ver mi triste agonía

su añeja preocupacion

acaso vencer consiga.

Mis súplicas maternas

no han de humillar á mi Emilia;

ruego por mí, no por ella:

nunca una madre se humilla,

si con sus lágrimas logra

la ventura de su hija.

(Atraviesa Juan por el foro.)

Ah! Juan. —El Dios de los buenos

en mi desgracia le envía.

ESCENA II.

DICHA, JUAN.

LUISA. Juan.

JUAN. Qué mandais, señora?

Á abrir la verja ahora iba
pues debén llegar en breve
al jardín, las pobres niñas
á quienes les dá lección
con tierno afán doña Emilia.

LUISA. Hoy tambien?

JUAN. Vaya, señora,
se la dá todos los dias.

Como esa niña es un ángel,
tan buena y caritativa,
socorre á un tiempo benéfica
su desgracia desvalida,
y las enseña á ser buenas
con la cristiana doctrina.

LUISA. Es un ángel! (Y yo he sido
quien ha turbado su dicha!)

Quereis hacerme un favor?

JUAN. Mandadme... señora, diga
en qué la puedo servir.

LUISA. Quiero esta carta reciba
el señor Comendador.

JUAN. La tendrá esta tarde misma.

LUISA. Gracias, Juan.

JUAN. Por Dios, señora!...

mandad;—pero que no diga
á nadie de aquel secreto.

LUISA. (Nada sabe.) Bien, descuida.

ESCENA III.

DOÑA LUISA, poco despues EMILIA.

LUISA. Oh! me alegro: nada sabe:
asi en mi triste porfia

nunca dejara escaparse
mi secreto. (Emilia sale de entre las flore

EMILIA.

Madre?...

LUISA.

Emilia!!

Madre me dijo tu lengua?

EMILIA.

No sois mi madre?

LUISA.

Si, si;

pero yo, Emilia, creí
que lo tuvieras á mengua.

EMILIA.

Á mengua, madre querida?
á orgullo decid.

LUISA.

Gran Dios! (Conmovida.)

Eres un ángel.

EMILIA.

Y vos

no me habeis dado la vida?

LUISA.

Es verdad; pero despues
nunca me encontraste, Emilia;
Magdalena es tu familia.

EMILIA.

Si, tambien mi madre es.

Vos me disteis la existencia,
y ella con santa emoción

levantó mi corazon,

ilustró mi inteligencia:

sin vos no tuviera vida,

y sin ella hubiera muerto,

ó hallara el mundo desierto

en su inmensidad perdida.

LUISA.

Hija adorada... es verdad:

pero yo causé tu pena;

mi alma de entusiasmo llena

labró tu infelicidad

Te di vida y te perdí;

quince años te busqué.

Dios lo quiso: te encontré

y yo tu verdugo fui.

Hermosa flor de las flores

vivias para el amor,

y el vendabal del dolor

te arrebató tus amores.

Y yo he sido, yó inhumana

la causa de tu quebranto:

por mí brotó el primer llanto

de tu vida en la mañana.
Oh! qué terrible agonía;
no merezco tu perdón:
Emilia, ten compasión
y perdóname, hija mía.
Por piedad.

EMILIA.

LUISA.

Si comprendieras

lo que por tí he padecido!
Si lo que el alma ha sufrido
por encontrarte supieras!
Siempre mi esperanza huyendo,
siempre á mi hija buscando,
ha ido mi vida pasando,
mi cabello encaneciendo.
El mundo por tí crucé
con materna eficacia,
y al no hallarte en mi desgracia
hasta de mi Dios dudé.
Era mi vida un abismo
sin fondo, color, ni luz,
del pecado era la cruz
sin el redentor bautismo.
Yo á los hombres preguntaba
y á los bosques y á la sierra,
y muda á mi voz la tierra,
nunca á mi voz contestaba:
al lucir el nuevo día
para iluminar mi llanto,
yo pensaba en mi quebranto
que á mi Emilia me daría,
y en su postrer arrebol
y cuando la noche avanza,
renaciendo mi esperanza
aguardaba al nuevo sol.
Si al cruzar una espesura
el alma de tu amor llena,
encontraba una azucena
como tu sonrisa, pura;
si en la ciudad populosa
entre lujo y esplendor,
cruzaba brindando amor
alguna joven hermosa;

si en congojosa agonía
una niña se acercaba,
y consuelo me imploraba
y limosna me pedia.
De la flor en la pureza,
entre el lujoso aparato
del esplendente boato
y en la mísera pobreza,
en todas partes te hallé,
y nunca, Emilia te vi,
siempre sola me volví
y siempre sola lloré.

Comprendes, Emilia, ahora
mi placer al encontrarte,
porque infeliz al mirarte
mi corazón sangre llora?
Ay! era tal mi emoción
que en mil pedazos deshecho
saltado hubiera del pecho
mi maternal corazón.

EMILIA. Madre querida! cual vos
en medio de mi alegría,
vaga inquietud yo sentía...

LUISA. Nos buscábamos las dos.

EMILIA. Siempre una madre á mi lado
encontraba cariñosa,
una existencia dichosa
madre querida he pasado.

LUISA. Nunca en tus sueños me viste?

EMILIA. Cuando mas contenta estaba
sin saber cómo, lloraba,
sin pensarlo, estaba triste.

La pena con duro imperio
turbaba mi dulce calma.

Te buscaba, madre, el alma
por providencial misterio.

LUISA. Y Dios nos juntó á las dos
mal que á ese mundo le cuadre
que el amor de hija y de madre,
es emanación de Dios.

—Pero hoy turban los dolores
de tu pecho la alegría;

al encontrarme, hija mía,
has perdido tus amores.

EMILIA. Ah! perdonad mi aflicción:
era mi ilusión amada,
le amaba, madre adorada,
con todo mi corazón.

Pero aunque el dolor taladre
mi pecho con pena impia,
yo á Enrique nunca querría
si abandonase á su padre.
Ya no le miro á mi lado,
ya no escucharé su acento,
pero no estará un momento
del corazón separado.

Nuestras almas se amarán
aunque en triste desconsuelo:
madre algún día en el cielo
nuestras almas se unirán.

LUISA. Hija del alma! no, no...
feliz serás, alma pura;
yo te quité la ventura,
y aun he de dártela yo.
De amor la dulce sonrisa
animará tu semblante.

EMILIA. Es imposible.

LUISA. Tu amante
ha de volver.

MAGD. Doña Luisa. (Saliendo.)

ESCENA IV.

DICHAS, DOÑA MAGDALENA.

LUISA. Señora...

EMILIA. Madre adorada.

MAGD. Hija querida, llorando!

EMILIA. No: me estaba consolando...
ya no lloro, madre amada.

MAGD. (Y no es mi hija, Dios mío!)

EMILIA. Por qué vuestro rostro viste
la palidez? estais triste?
ya no lloro; veis? me rio.

Pensais que os pueda olvidar
porque otra madre encontré?
ó juzgais que no podré
á un tiempo á las dos amar?
Moderad vuestro dolor...
sereis dos madres en una,
y yo tendré cual ninguna
dos madres y un solo amor.

MAGD. Hija!...—Perdonad si ahora... (Á Luisa.)
LUISA. Por Dios, doña Magdalena,

mi alma de emocion se llena
al escucharos, señora.

MAGD. (Y tenerla que dejar!)

EMILIA. Siempre á mi lado las dos ..

MAGD. (Siempre á su lado! Gran Dos!)

Señora, os tengo que hablar.

(Á Luisa al paño.)

LUISA. Á solas?

MAGD. Á solas, si. (Entra Juan.)

JUAN. Ya las niñas van llegando.

EMILIA. Voy á su encuentro.

LUISA. Esperando

nos encontrarás aqui.

Vuelve pronto, mi embeleso.

(Emilia va á abrazar á Doña Magdalena y Doña
sa: no sabe á cuál hacerlo primero, y por no mani-
festar predileccion les dice:)

EMILIA. Madres... yo... os quiero besar...

vamos, que voy á marchar;

cuál me quiere dar un beso?

LUISA. Hija del alma!

MAGD. Las dos.

(Grupo: Emilia en medio: las dos la abrazan y besa...)

EMILIA. Juntas en mi pecho, así,
así os quiero; siempre aqui;
siempre reunidas: adios.

(Desprendiéndose de pronto por no manifestar su
emocion.)

ESCENA V.

DOÑA MAGDALENA, LUISA.

LUISA. Qué alma tan noble!

Es verdad.

MAGD.

LUISA.

Con qué, señora, os pagara
el bien que os debe mi hija?

MAGD.

Á mí no me debe nada.

Ella es un ángel: Dios solo
puede engrandecer el alma:

yo no he hecho mas que quererla
con todo el amor que guarda

un corazon de mujer,
solo para amar creada.

Huérfana tambien he sido,
señora, desde mi infancia;

nunca el santo amor filial
mi corazon alcanzara,

y al hombre á quien di mi mano
tampoco mi pecho amaba.

Obedecí de un tutor
la voluntad respetada,

y le amé cual compañero,
no cual amante: mi alma,

nacida para el amor,
nunca el amor encontraba,

y Dios me envió esa niña
y con ella la esperanza.

Al verla, sintió mi pecho
una impresion desusada,

y todo el volcan de amores
que en mi corazon guardaba

sentí inflamarse al mirar
sus dulcísimas miradas.

Ella fué mi amor de hija,
que nunca gocé en la infancia;

ella fué mi amor de amante,
ella fué mi amor de hermana,

y ella fué mi amor de madre,
y de ella fué toda el alma!

Pensad vos si la amaré,
y si al verla desdichada
no le diera hasta la vida,
si ella mi vida tomara.

LUISA. Otro amor tambien teneis;
yo quiero ser vuestra hermana:
juntas las dos labraremos
de nuestra Emilia adorada
la ventura.

MAGD. Es imposible...
La veis que oculta sus lágrimas
y por no hacernos sufrir
ni un solo gemido exhala;
pero morirá de pena,
porque la pena la mata.
Enrique y ella reunidos
desde su dichosa infancia
crecieron juntos amándose;
fueron dos seres y un alma.
Ni un solo día pasaron
sin decirse que se amaban,
y estaban los dos pendientes
de sus amantes miradas.
Eran dos flores gemelas
que á los halagos del aura
abren en un mismo tallo
sus corolas perfumadas.
Si una de ellas atrevida
corta una mano inhumana,
bien pronto su compañera
dobla su frente agostada.

LUISA. Oh! no será; yo uniré
á Emilia con el que ama.

MAGD. Imposible; no sabeis
á dónde el orgullo alcanza
de ese noble que ha jurado
conservar pura su raza,
sin que se mezcle su sangre
con otra sangre bastarda.

LUISA. Y por mí, por mí; Dios mio!
Hay madre mas desdichada?

MAGD. Yo no os culpo... era imposible

que vuestro pecho callara;
comprendo vuestro dolor;
pero os disculpo, si.

LUISA.

Gracias,

vos sois mas digna de Emilia
que esta madre infortunada.

MAGD.

Cesad por Dios, doña Luisa:
me hacen mal vuestras palabras:
ella es buena, porque es buena
quien la llevó en sus entrañas.
Por eso vine á buscaros,
que hartó comprende mi alma,
que en la sostenida lucha
que vuestro pecho batalla,
mi presencia ha de ser siempre
de nuevo dolor la causa.
De madre el amor sagrado
nunca consiente que haya
otra madre, que amorosa
el amor de su hija parta:
mi presencia alguna vez
celos de madre causara,
y por eso me despido
ahora mismo de esta casa.
Si; tomad: esos papeles:
la formal renuncia guardan
de casi todos mis bienes
en favor de Emilia.

(Dándola un pliego que Doña Luisa rechaza.)

LUISA.

Basta,

no aumenteis los sufrimientos
de esta madre infortunada:
separarnos? nunca, nunca...
si Emilia á saber llegara,
nunca... Emilia en sus dos madres
tan solo una madre ama.
Tener yo celos de vos?
Vos que formasteis su alma
y me devolveis la hija
que tanto mi amor ansiaba?
no partireis, es verdad?

CASIM.

El Comendador aguarda (Entrando.)

vuestro permiso. (Váse.)

MAGD. Dios mío!
El Comendador?

LUISA. Le llama
la que causa la desdicha
de su hija idolatrada.

MAGD. Qué vais á hacer?...

LUISA. De una madre
siempre ablandaron las lágrimas.

MAGD. Rogarle! y habeis pensado
de vuestra Emilia en la fama?
Rogar á quien la desprecia...
Qué vais á hacer, desgraciada?

LUISA. Hasta morir si es preciso
por la hija de mi alma.

MAGD. Eso no es digno de vos,
y hasta ella lo rech. zara.

LUISA. Dejadme.

MAGD. No os lo permito...

LUISA. Soy su madre...

MAGD. Desdichada!

LUISA. Oh! perdon... no sé qué digo...

MAGD. Lo estais viendo?

LUISA. Su desgracia
quiero evitar.

MAGD. Bien, dejadme
que le hable yo.

LUISA. Y si rechaza
vuestros ruegos?

MAGD. Descuidad.

Yo no he de rogarle nada.

LUISA. Entonces...

MAGD. Si madre digna

la dignidad nada alcanza,
podreis, señora, rogarle

con súplicas y con lágrimas.

(Váse Luisa, fondo izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MAGDALENA, el COMENDADOR.

COMEND. Señora! (Sorprendido.)

MAGD. Señor don Juan
cómo otra vez por mi casa?
por tan señalada honra
os doy, mi amigo, las gracias.

COMEND. Señora, yo no creía...

MAGD. El qué?

COMEND. Que vos me llamabais.
Aunque descortés juzgueis
mi proceder, nunca entrara
en casa que una vez dejo
si á volver no me invitaran.

MAGD. Os han llamado?

COMEND. Señora,
me ha llamado en esta carta
por el nombre de mi hijo
una madre desgraciada,
y por madre y por señora
vengo cual debo á encontrarla.

MAGD. No seré yo la que firme
en ese papel que os llama.

COMEND. No en verdad... es doña Luisa,
y por eso cuando entraba
me causó sorpresa hablaros.

MAGD. Casualidad; que en el alma
siento por daros disgusto.

COMEND. Señora, nunca una dama
como vos molestar puede
á un caballero.

MAGD. Es una vana
cortesía. No hace mucho
que de otra manera hablabais.

COMEND. Es verdad, no recordemos
aquella historia pasada,
porque al pensar que iba á ser
envilecida mi raza
acaso vuelva á olvidarme

de que estoy en vuestra casa.
MAGD. Á qué pues habeis venido?
COMEND. Una señora me llama
y soy cortés ante todo.
Yaunque comprendo la causa
de su dolor, no espereis
que me convenzan sus lágrimas.
Ya os lo dije: en mi familia
nunca habrá sangre bastarda,
y antes viera muerto á Enrique,
que unirlo con la que ama.

MAGD. Pues no os molesteis, don Juan,
que aunque su madre os rogara
y aunque vos lo suplicarais,
ois bien? Emilia, os rechaza.
Ama á Enrique, á qué negarlo;
mas pudorosa y honrada
prefiere morir mil veces,
á que su amor os causara
el mas ligero pesar.
Si doña Luisa os llamaba
en un momento terrible
de su maternal desgracia,
ha comprendido despues
que vale mas desdichada,
verla morir, que rogaros
la enlacedis con el que ama.
Sois noble... teneis razon;
mas vuestro orgullo no alcanza
que existe mayor nobleza
que la nobleza heredada.
Emilia, pobre ángel mio!
aunque de cuna bastarda,
nunca por vuestra hidalguia
su pobre origen trocara.
La alcurnia cuya pureza
tan fiel vuestro orgullo guarda,
si con acciones gloriosas
dignas de lauro se alcanza,
aunque limpio sea su origen,
suele verse degradada,
y timbres, lauros, blasones

en sucio lodo se arrastran.
Pero la pura nobleza
que en el corazón se guarda,
la que en la santa virtud
su hermoso timbre afianza,
la que vive amando á Dios
y mira solo una raza,
en la triste humanidad
que en este valle de lágrimas
cruza errante y peregrina
buscando su eterna patria,
la que en santa abnegacion
sabe abandonar la calma,
y lejos del egoismo
sin averiguar la causa,
lleva incansable el consuelo
adonde quiera que falta,
la que no hace distinciones,
ni en el oropel repara,
y para tender su mano,
con mirar, sufrir, le basta,
esa nobleza es mayor
que vuestra nobleza vana.
Esta es pobre, deleznable,
si muy digna no se guarda,
vive aquella eternamente,
que del mismo Dios emana.
Estad, pues, estad tranquilo,
si vuestro orgullo rechaza
á un ángel puro diciendo:
que lleva sangre bastarda,
ella no os encuentra digno
de su nobleza de alma.

COMEND. Me insultais?... á esto, señora,
he venido á vuestra casa?

MAGD. Os insulto! y vos, qué haceis?
no supisteis despreciarla?
Quereis que atenta os escuche,
al mirar que despiadada
vuestra loca presuncion,
á dos corazones mata?
Qué importa que sufra un ángel?

Qué os importa un hijo?... nada.
Podrá morir... su agonía
podrá destrozar el alma;
el remordimiento, luego
os romperá las entrañas.
Dios maldecirá al que injusto
fué de su muerte la causa ..
pero no importa; no importa,
se guardó pura la raza,
y no cruzan los cuarteles
de bastardia la barra.
No tendreis amantes hijos
que en la ancianidad cansada
os presten dulce consuelo,
y al dar á Dios vuestra alma,
no tendreis quien con su llanto
las puertas del cielo os abra;
pero no importa, no importa.
vuestro escudo está sin tacha
y sus grifos y leones,
sus lambrequines y garras
no tendrán que reprocharos,
porque quedaron sin mancha.—
Sois padre, vos? ni aún sabeis
lo que vale esa palabra.

COMEND. Harto, señora, he sufrido
y ya se agota mi calma...
(No sé por qué; mas vacilo.)

MAGD. He sido justa.

COMEND. Me cansan
ya vuestros cargos. Adios.

MAGD. Ved, por allí está la entrada.

(Magdalena, con mucha dignidad, atraviesa la escena y váse por el fondo.)

ESCENA VII.

EL COMENDADOR, LUISA.

LUISA. Comendador, por piedad!

COMEND. Dejadme paso, señora.

LUISA. Oh! venid conmigo ahora.

COMEND. Doña Luisa, perdonad.
(De rubor me abrasa el fuego.)
Dejadme.

LUISA. Si, si; los dos.

COMEND. Imposible, no.

LUISA. Por Dios,
por vuestro Enrique os lo ruego.

COMEND. Vamos adonde gustéis.

LUISA. Oh! gracias; Dios os bendiga!

COMEND. Marchad, pues quereis que os siga.

LUISA. Señor, no me abandoneis.
(Váanse por el fondo.)

ESCENA VIII.

EMILIA, entre bastidores, rodeada de varias NIÑAS pobres.—

JUAN lleva varios objetos, que á su tiempo ha de repartir
Emilia.

EMILIA. Gracias, gracias; no olvideis
de Dios la santa doctrina.
Toma, Petra, da á tu madre
este vestido, hija mia.
Tú, que le diste tu pan
á esta infortunada niña,
toma esas monedas. Tú
lleva á tu pobre hermanita
ese traje, y las demás
tomad tambien, hijas mías.
(Les reparte dinero y objetos á todas.)
Me quereis mucho?

NIÑA. Os queremos
con el alma y con la vida.

EMILIA. Gracias: marchad, que ya es hora,
y que nunca olvideis, niñas,
el sagrado mandamiento
que hoy os enseñé: «la hija
que no honra siempre á sus padres
de Dios será maldecida.»
Adios.

OTRA NIÑA. No nos dais un beso
como siempre, señorita?

EMILIA. Es verdad; vaya, á ser buenas. (Las besa.)
OTRA. Que la Virgen os bendiga.
(Vánse todas y Juan.)

ESCENA IX.

EMILIA, ENRIQUE, que entra apenas acaban de salir las Niñas
por el lado opuesto.

EMILIA. Enrique!

ENR.

Tu Enrique, si:

tu Enrique, tu Enrique amante,
loco, triste, delirante

que hoy viene á morir aquí.

En mi amorosa pasión

sin tí no quiero la vida:

sin tu amor, prenda querida,

se me parte el corazón.

No trueco mis ilusiones

por esa necia hidalguía:

tus encantos, vida mía,

son mis mejores blasones.

Yo sin tí vivir no quiero,

encanto de mis amores:

hermosa flor de mis flores,

si tú me dejas, me muero.

EMILIA.

Enrique... dejarte yo!

yo que por tu amor daría

á gotas la sangre mía...

—pero no me escuches... no...—

Huye de mí... Dios maldice

al que á su padre no honra:

mi amor, Enrique, deshonra

como tu padre lo dice.

Y aunque supiera morir

en la lucha que me mata,

pudieras llamarme ingrata,

mas no te oiré maldecir.

ENR.

Qué me importa? nada anhelo:

aunque el mundo se opusiera:

aun cuando encontrar supiera

el infierno en vez del cielo,

sin tí no quiero vivir,
sin tí no quiero gozar;
no quiero la vida hallar,
quiero á tu lado morir.

EMILIA. Qué locura... por piedad,
que me estás martirizando...
no me ves que estoy llorando?
Enrique, ten caridad.

Piensas tú que no padezco?
piensas que te he de olvidar?
de que lo puedas pensar
solo, Enrique, me estremezco.

Yo vivo por tus amores;
pero qué puedo yo hacer
del amor y del deber
sufriendo opuestos dolores?

ENR. Y perderte!... suerte avara.

EMILIA. Es preciso... Dios clemente...

ENR. Dios que te pierda consiente...

EMILIA. Acaso Dios nos separa;
respetemos sus arcanos,
y en nuestra triste afliccion
con santa resignacion
sus decretos soberanos:
suframós, Enrique, así,
pues lo quiere el Dios potente;
luego siempre, eternamente
nos amaremos allí. (Señala al cielo.)

ENR. Y he de quedar sin tu amor
y por siempre he de perderte?
Nunca, Emilia; antes la muerte
venga á calmar mi dolor.

Oh! nunca: aunque mal le cuadre,
quiero á tu lado vivir:

por qué ciego he de seguir
la voluntad de mi padre?

Que siempre á mi lado vea
la hermosa luz de tus ojos:
mi padre... (Con despecho.)

EMILIA. (Con tono imperativo.)

Enrique, de hinojos!

Tu padre, bendito sea!

(Queda Enrique confundido.)
Nunca con afán prolijo
te busques su maldición;
jamás encuentra razón
en contra de un padre un hijo.

ENR. Oh! por piedad, vida mía...

EMILIA. Si fueras por mí á perder
el camino del deber,
Enrique, no te amaría.

ENR. Que no me amas?... qué has dicho?

EMILIA. Que no te quiero?... es verdad;
te quise... por vanidad...

qué sé yo... por un capricho.

Por eso no estoy luchando;

por eso tranquila estoy;

por eso dichosa soy;

por eso no estoy llorando.

ENR. Necio orgullo de familia!

perdona mi desvario...

Voy á perderte, bien mío?

no he de verte mas, Emilia?

Oh! yo rogaré á tu madre

y mis súplicas oírás,

y contigo me unirá

aunque se oponga mi padre.

EMILIA. Qué has pensado?

ENR. No lo sé...

Estoy loco...

EMILIA. Loco estás...

ENR. Emilia... me olvidarás?...

EMILIA. Olvidarte!

ENR. Bien lo sé...

EMILIA. Ah! si yo no comprendiera

cuánto padeces, bien mío,

tu terrible desvario

con la duda me ofendiera,

ENR. Oh! perdon... de mi quebranto
ten piedad.

EMILIA. Porque te quiero,

aunque sin tu amor me muero,

sabré devorar mi llanto.

¿Quieres en triste aflicción

ser de un padre aborrecido,
siempre llevando al oído
la terrible maldición?
Piensas que Dios pueda amar
al que abandona á su padre,
al que consigue á una madre
ver por su causa llorar.
De Dios imagen sagrada,
la loca desobediencia,
va por siempre en la conciencia
con marca eterna grabada.
Siempre en oculto dolor
vive el alma consumida:
se halla desierta la vida,
se halla desierto el amor.

ENR. Yo sin tí vivir no quiero,
tú eres mi sola familia.

EMILIA. Entre tu padre y tu Emilia
sea tu padre lo primero.

ENR. Y habré de perderte yo
para siempre?... no... prefiere
mi corazón...

EMILIA. Dios lo quiere.
Adios para siempre.

(Va á marchar y al mismo tiempo sale de entre las
flores el Comendador, con Luisa y Doña Magdalena,
que se habrán visto entre ellas desde el final de la
escena.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, COMENDADOR, LUISA, DOÑA MAGDALENA.

COMEND. No!
Ya me has vencido, hija mía:
unid vuestros corazones:
venga á aumentar mis blasones
la barra de bastardía.
Con orgullo la veré
sobre mi escudo cruzada:
con mi nobleza heredada
tu nobleza enlazaré.

Al fin pudo mi razon
ver donde el orgullo llega;
despertó mi mente ciega
á la luz del corazon.
En toda su plenitud
ahora mi nobleza creo,
porque ahora comprendo y veo
la nobleza en la virtud.
Mis dignos antepasados
digna fama consiguieron,
y su historia transmitieron
en sus timbres blasonados.
La viva luz de su gloria
el pecho de orgullo inflama,
pero ay! si muerta la llama
queda tan solo la escoria.
En tanto, siempre, hija mia,
tu nobleza eterna vive,
que Dios en el cielo escribe
los timbres de tu hidalguia.

EMILIA. Ah, señor!... tanta bondad...

COMEND. Fuera temores impíos:
venid á ser, hijos míos,
consuelo á mi ancianidad.

EMILIA. Madres, cesó ya el dolor. (Á las dos.)

MAGD. Las dos?

EMILIA. Si, si: qué fortuna!

Si, yo tengo cual ninguna
dos madres, y un solo amor.

(Grupo: Emilia en el centro abrazando á sus dos
madres: el Comendador al lado de Doña Magdalena,
estrechando la mano de esta: Enrique al de Doña
Luisa. Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA.

Examinada esta comedia, puede representarse.

Madrid 21 de Diciembre de 1864.

El Censor de Teatros.

NARCISO SERRA.

IMP. DEL CENTRO DE LAS ARTES Y OFICINAS DE LA LITOGRAFIA
CALLE DE A. BARRIO, 10. MADRID.
1865

20465

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo

El Conser de Teófilo